

# LOS CAMINOS SOLOS

## Personajes

JACINTO	TOMÁS
EL PETIMETRE	DON CHAVA
MARCIAL	MÓNICO
HERACLIO	URSÉBIRI
FAUSTINO	CURA
CASTRO	VEGA
PEÑUELAS	ORTEGA
CLEOFAS	MINERO
CARMELO	JUAN
ARRIERO 1	ARRIERO 2
SIMÓN	MARCELO
NORBERTO	VÍCTOR
PEDRO	ANTONIO
JAVIER	LORENZO
MATEO	MANUEL
DOMINGO	VICENTE
COMANDANTE	CRISPÍN
SÓSTENES	NEHEMÍAS
EUGENIO	

*La idea general para la representación de esta obra es que al final todo resulte como un gran acto de magia; por lo tanto los elementos escenográficos deben ser muy precisos y muy vistosos. Hay sillas, una mecedora, un aguamanil, una mesa con fonógrafo y varios muñecos recortados en madera de tamaño natural y que por una de las caras estarán pintados de negro mientras que por la otra presentarán la cara y ropa bien arreglada. Al iniciar la obra se escucha el aria “Che gelida manina” de la ópera La bohemia de Giacomo Puccini. Al abrirse el telón se ve a un viejo sentado en una mecedora que es quien escucha la ópera en su fonógrafo. Cuando el tenor llega a la frase: “La speranza”, el viejo se pone de pie y exclama en voz muy baja: “Llega, siempre llega”.*

## Primer acto

### I

CALLE EN REAL DE REYES

JACINTO: Así con esa voz de estrépito y aullidos se dejan venir los alichanes volando desde la punta de los cerros para comerse los ojos de los que no duermen. En las noches de luna, cuando las pupilas brillan blancas y azuladas como diamantes, bajan los alichanes desde los picachos y de un picotazo le arrancan la vista a los que por allí andan. Nomás pregúntenle a la Lipa lo que le pasó a Pancho Toronjas porque no fumaba; con el humo del tabaco se espantan, porque no les gusta. Hay que fumar buenas hojas de tabaco y echar el humo por las narices como los chinacates.

TOMÁS: Usted puro cuento y cuento, Jacinto; ahí nomás anda con esas historias con los muchachos para que le compren cigarros.

JACINTO: Si no quiere creerlo Tomasito, no lo crea; pero yo le juro a usted que los he visto venir volando como flechas y traen unas plumas largas por aquí por atrás de la cabeza. Cuando los alichanes vuelan, se oyen gritos y alaridos así como esa música de ópera que pone todas las tardes Nehemías Arámburo. Aunque no lo crea, Tomasito, los conejos corren a sus madrigueras y los gatos se bajan de los tejados.

TOMÁS: No son buenos los cigarros, Jacinto, arde mucho la garganta y dan tos.

JACINTO: La tos es buena Tomasito, porque ayuda a echar todos los bichos y las viruelas que traemos en la sangre; se nos limpia el cuerpo con el humo del tabaco y sirve además porque ya no se acercan los alichanes. *(Los muchachos le compran los cigarros.)* A ver, préndalos bien, luego le chupan duro y echan el humo por las narices así como dicen que se aparece el diablo. *(Los muchachos lo hacen y les agarra la tos. Jacinto se ríe.)* Ah qué muchachos estos, echen pa'fuera las viruelas de la sangre. Chúpénle más y se les va a engrosar la voz para que se hagan pronto hombres y muy machos.

TOMÁS: No le crean nada a este viejo, no platica más que puros cuentos, puras historias, puros inventos.

JACINTO: Pues de eso está hecho el mundo Tomasito, de puros cuentos.

## II

### OFICINA DE LA TIENDA DE RAYA

EL PETIMETRE: Yo se lo juro don Chava no he estado aquí nomás sentado, ando corriendo y llevando el orden de las conductas, sumando: aquí hay mucho que sumar, mucho que anotar con tinta y lápiz. Me paso el día haciendo cuentas, no tengo la cabeza en todos lados. Atiendo a los que vienen a preguntar algo, doy órdenes a los caballerangos, a los peones y a los mozos que hacen los mandados. Cada rato les doy arroz a las palomas para que no canten. ¡Ay, a mí me enferman esos animales!: es un quejido, un quejido, un lamento, un llanto; no soporto ese angustiante lamentarse, ese maldito clamor. Y aquí en el portal de la tienda de raya el señor Iriarte tiene jaulas y jaulas de esos malditos animales. No tengo la cabeza en mi lugar, no la tengo; les doy agua, les grito, les hablo, las cubro con cobijas para que crean que es de noche y se callen, pero no. ¡Este lugar es una infamia! No lo sé con exactitud, me distraigo mucho, no conozco a todos los trabajadores del beneficio; los de la mina, ya ve, no salen.

DON CHAVA: Pues esto va a molestar mucho al señor Iriarte; dos barras de plata son dos barras de plata; algún desconocido tiene que haber entrado.

EL PETIMETRE: Entran muchos, es mucha la gente que viene.

DON CHAVA: Pero, ¿alguno pasó a la trastienda?

EL PETIMETRE: Ahora que recuerdo vi a uno que salió y como que llevaba algo en las manos.

DON CHAVA: ¿Y quién era?

EL PETIMETRE: Heraclio.

### III

#### CÁRCEL DE MAZATLÁN

MARCIAL: No amigo, usted está equivocado; la tierra no es mala, la tierra es muy buena y muy agradecida: nos da el agua, los árboles, la semilla, nos da el oro y la plata. *(Suspiroso.)* La plata y el oro. *(Pausa.)* Allá en mi pueblo, había una mujer viejana que llamaban doña Chenda; un día me la encontré cerca del río, por el monte, y nos fuimos caminando; siempre hay tantas cosas de qué hablar en los pueblos. La Chenda iba por un poco de barro para hacer cántaros. Llegamos al pie de un cerrito que tenía muy buena tierra y allí escarbó y sacó la que necesitaba, luego se quitó un listón que traía en el pelo, lo enterró en el hoyo que había abierto y le dijo a la montaña: “Ahi te dejo este listón por el barro que me llevo; es un listón muy bueno que me trajo el difunto Tacho cuando estuvo trabajando en Sibajahui”. Y se levantó muy complacida y nos vinimos hablando. *(Pausa.)* ¿Y nosotros qué le damos a la tierra? *(Pausa.)* Puro véngase y véngase y agujereamos los cerros y arrancamos las cosechas y nos bebemos el agua y le sacamos el oro y la plata y no le entregamos nada. La tierra no es mala compadre, lo que pasa es que ya no nos quiere porque somos unos desalmados. Estamos sembrando el desorden con el desequilibrio, porque todo en la naturaleza, antes de nosotros, estaba equilibrado. Por eso los tiempos que se avecinan y que están descritos por los astros, son tiempos de desordenamiento, trastorno, de irregularidad, de espanto. Se anuncian grandes sequías y enfermedades incurables. Sólo hay que mirar por las noches los rodetes amarillos que se le ponen a la luna para darse cuenta de que es una luna mal dispuesta, afectada. Pero no, la tierra no es mala compadre, no es culpa de la tierra lo que pasa.

MÓNICO: Pues ya no sabe uno ni a quién echarle la culpa.

MARCIAL: ¿Y cuántos mineros murieron en el derrumbe?

MÓNICO: Nadie lo sabe, estaban todos adentro, no habían sacado a ninguno todavía cuando me agarraron ayer por la mañana.

MARCIAL: ¿Y por qué te trajeron aquí a la cárcel?

MÓNICO: Por el derrumbe de la mina, le digo; allí está mi hermano y mi cuñado y los jefes no hacían nada y les di de piedrazos a varios de ellos porque hacen que uno pierda la paciencia y la esperanza.

MARCIAL: Así andan las cosas por todas partes, compadre; para nosotros es la cárcel, el hambre, el trabajo y la muerte en los minerales; para nosotros la injusticia y el cansancio.

MÓNICO: Los ven que se están asfixiando allá abajo y los patrones tomando vino o cerveza o quién sabe qué madres; sentados en los portales en unas sillas de mimbre y con unos trajes blancos impecables como novias que salen a la iglesia a casarse; y uno lleno de tierra tragando mierda en los malditos túneles de las minas...

MARCIAL: No maldiga su trabajo compadre; si no le gusta, déjelo, pero nunca hay que maldecir la chamba; al contrario, hay que bendecirla y hacerlo todo con agrado.

MÓNICO: No, compadre, no maldigo el trabajo; lo que pasa es que yo quiero vivir a la luz del día, junto a los árboles y escuchar el canto de las palomas y de los chanates; y no se puede. Por allá la tierra no sirve para la cosecha y el agua es escasa. Sólo hay la mina, el beneficio, la carga. *(A Bernal.)* ¿No es cierto compita? Usted también trabaja en una mina, creo que lo he visto.

HERACLIO: Sí, en el mineral de Real de Reyes.

MARCIAL: ¿Cuál es su apelativo?

HERACLIO: Yo soy Bernal, me llamo Heraclio.

MÓNICO: De San Javier.

HERACLIO: No, soy de El Chaco.

MARCIAL: Buena raza la de los Bernal; yo conocí dos que tres muy hombres y muy honrados. ¿Y a usted, por qué lo echaron aquí a la cárcel compadre?

HERACLIO: Por unas barras de plata que dicen que me robé.

MARCIAL: ¿Y se las robó?

*Heraclio se levanta, lo mira largamente, escupe hacia un lado y le sostiene la mirada.*

#### IV

#### PLAZA PÚBLICA EN REAL DE REYES

URSÉBIRI: Aquí está Ursébiri Quiábiri, el Secúbiri, su amigo de siempre, su amigo de todos los días que les trae la medicina del cuerpo y la medicina del alma. Peines para los piojos, ojos de venado para el mal de ojo, ojitos de pajaritos para hacer collares negros y rojos. Traigo pirul, ruda y albahácar para las limpias, casitas de sapo para los dolores, oraciones para todo tipo de males. Ursébiri Quiábiri, su amigo de siempre, su amigo de todos los días.

FAUSTINO: Quiero un collar para una mujer muy hermosa que tiene los ojos verdes y que se llama Martha.

URSÉBIRI: Traigo estos de cuentas amarillas, verdes y rojas; traigo éste de caracoles de la mar del norte, éste de cobre y estos dos de plata.

FAUSTINO: Me gusta el de cuentas verdes y el de amarillas también.

URSÉBIRI: Llévale los dos, le irán bien a sus ojos.

FAUSTINO: Sí, dámelos.

URSÉBIRI: Seis centavos. (*Faustino le paga.*) Cuando se los des, no dejes que se los ponga ella sola porque es de mala suerte, tienes que ponérselos tú con tus propias manos, le agarras bien estos ganchitos por atrás y si está descuidada plántale un beso en el cuello: pero con mucho cuidado, nada de arrebatos, ni ensalivamientos. La boca limpia, las manos quietas, es sólo un beso.

FAUSTINO: Tendré cuidado.

URSÉBIRI: Así tiene que ser, si no, no vendo. Me gusta que mis clientes queden contentos.

FAUSTINO: Gracias. (*Se retira.*)

URSÉBIRI: (*Lo detiene.*) Tú eres de los Iriarte, ¿no es cierto?

FAUSTINO: ¿Cómo lo supo?

URSÉBIRI: Se te ve luego la clase.

FAUSTINO: Soy Faustino.

URSÉBIRI: ¿Y por qué no compras un collar de plata o de oro si tu padre es dueño de todo esto?

FAUSTINO: El dueño es él, no yo. Además no lo quiero para mi novia sino para una muchacha tonta que anda loca por mí porque cree que podría casarme con ella, pero no. Y le daré el beso y le daré todo lo que hay que darles a las mujeres; ella así lo quiere. No hay nada en el mundo que me interese más que las mujeres, y no hay nada mejor que cuando las tengo tumbadas en el pasto y les voy subiendo la falda hasta la cintura para ver qué tienen; pero usted ya sabe todo esto, ¡por supuesto que lo sabe!

URSÉBIRI: Es la vida de todos los hombres, Faustino.

FAUSTINO: Pues para mí es mi vida y es mi muerte; porque las dos se me juntan en un grito cuando amo a las mujeres. Adiós señor, ha sido un placer, luego le cuento qué fin tuvieron los collares verdes.

URSÉBIRI: Dime una cosa Faustino antes de que te vayas. Yo tengo que bajar a Ixpalino lo más pronto posible, ¿no habrá algún transporte de tu padre que baje?

FAUSTINO: Sé que van a bajar dos conductas, pero con arrieros, es muy secreto porque llevan oro.

URSÉBIRI: Seguramente van a bajar por Cosalá.

FAUSTINO: No, bajan por el Azafrán y Agua Caliente.

URSÉBIRI: No, pues esa ruta no me sirve, gracias.

## V

### IGLESIA DE REAL DE REYES

CURA: Para los pecadores hay siete diablos esperándolos a la hora de la muerte; un diablo por cada uno de los pecados capitales. Todos traen ya un tizón en la mano, y antes de que la muerte se los lleve, ellos empiezan a quemarlos. Nomás acuérdense todo lo que dijo doña Menchu; la bruja aquella que vivía frente a los picachos, vino a confesarse porque no la dejaba en paz el diablo y lo describió con pelos y señales, tal y como las sagradas escrituras lo pintan. Y se arrepintió, pero ya era muy tarde para perdonarla. Hizo mucho mal en esta tierra; embrujó a muchos hombres, y muchas

mujeres fueron seducidas y burladas gracias a ella, que con la lengua que tenía y lo que le pagaban los caballeros las envolvía y las compraba. Hay que procurar la paz y la concordia; para los que son sumisos y no se andan alebrestando en las minas ni andan renegando de su trabajo, está el cielo abierto y en su lecho de muerte los esperará la Virgen del Rosario con una gran sonrisa y les llamará “mis hijos” y los cobijará en su regazo; ¡qué hermoso, qué hermoso es todo esto! Acuérdense que Dios nos mandó a sufrir en esta vida para después gozar en la otra.

## VI

### SALA DE CONSEJO DE PALACIO DE GOBIERNO EN LA CAPITAL DEL ESTADO

ORTEGA: *(Presentando.)* El señor Cleofas Salmón, prefecto de Cosalá.

CLEOFAS: No sé qué tan al corriente estén los informes de gobierno con relación a los robos y asaltos de los bandidos en todo el estado; por lo que respecta a la población de Cosalá, quiero decirles que desde hace varios años se está viendo asolada por la gavilla de un bandolero nacido en El Chaco y de nombre Heraclio Bernal. Yo mismo procesé a Bernal y lo mandé prisionero hace varios años a la cárcel de Mazatlán por unas barras de plata que se robó en Real de Reyes donde él trabajaba. El general Ramírez Terrón, de triste memoria, opositor al régimen, tomó por asalto la cárcel y libertó a los presos y Heraclio se unió a su ejército donde aprendió arte y mañas de la guerra. Cuando finalmente se ajustició a Ramírez Terrón, Bernal formó su propia banda para vengarse dizque de los que injustamente lo habían acusado, etcétera. Desde hace varios años, pues, que Cosalá, Real de Reyes, Calafato, Conitaca, Nuestra Señora y Piaxtla; sólo por nombrar algunos de los pueblos, pero toda esa zona de los altos y parte de tierra caliente, han sido asaltados por esa peligrosa banda. Ya estamos cansados de ver tantos crímenes a diario porque Bernal no perdona a los que no colaboran con él; tiene asustada, aterrorizada a toda la población. La mayoría de los ciudadanos honrados y pudientes de la región han sido asaltados en los caminos o en sus propias casas y a todos les ha robado oro, plata, bienes y dinero en efectivo. Necesitamos que se nos proteja con una fuerte guarnición y que el ejército persiga hasta el último escondite de la sierra a este sanguinario salteador; yo personalmente, que soy uno de los amenazados por él, me ofrezco a encabezar esta persecución, dure el tiempo que dure, cueste lo que cueste y yo les prometo que muy pronto me podré dar el gusto de traerles su cabeza.

CASTRO: Señor Salmón, la tropa que tenemos para defensa y orden de esta ciudad capital es muy poca; existen otros lugares en el país en donde hay verdaderas revueltas y por lo tanto se mantiene al ejército acuartelado en todas partes.

VEGA: Además, el gasto público del ayuntamiento no tiene presupuesto para mantener una policía local.

PEÑUELAS: Sabemos que con la próxima leva vamos a recibir refuerzos de la capital pero será hasta dentro de tres meses.

ORTEGA: ¿Es posible que usted y toda esa gente pudieran esperar?

CLEOFAS: De las últimas diecisiete conductas que han salido de Real de Reyes sólo cinco lograron llegar a su destino. De las ocho que salieron de Nuestra Señora, algunas no alcanzaron ni a llegar a Cosalá. Es mucho el oro y la plata que anda en manos de los gavilleros. Con tanto robo, con tanto asalto, los beneficios no pueden cubrir el gasto de sus empleados; no hay con qué pagar a los mineros y la materia prima se vuelve escasa; esto mal dispone a la sociedad, hay que entenderlo. Bernal ha puesto en peligro la seguridad del estado y muy en entredicho la autoridad del gobierno; no en vano se anda diciendo por allí que se le tiene miedo. Es muy cierto que el pueblo está amedrentado y lo protege, y nadie da una razón de él así se le arranque la lengua. Bernal recibe bienes, provisiones y medicinas, la gente parece que lo sigue y se preocupa por él. ¿Es posible que el pueblo tenga más fe y confianza en los bandidos que en el propio gobierno? *(Pausa.)* Esta pregunta quiero que me la responda el señor gobernador. *(Cañedo, que es el gobernador, le hace una señal a Vega para que se acerque, y le habla al oído.)*

VEGA: Al señor Cleofas Salmón se le suplica muy atentamente permanezca dos días más en esta ciudad mientras se convoca a una serie de reuniones y que por favor presente por escrito sus informes y demandas.

## VII

### CALLEJÓN EN REAL DE REYES

JACINTO: Esta tarde ha estado soplando un viento turbio como lleno de pelos de murciélagos y de tarántulas; los veneros detienen las corrientes de agua y las estrellas se acomodan en otro lugar en el espacio. En noches como las que se avecinan no es conveniente aventurarse a los caminos porque todos los presagios son malos.

EL PETIMETRE: No sé a quién trates de asustar con eso, Jacinto, ya sabes que yo no fumo, y no te voy a comprar cigarros ni por ayudarte.

JACINTO: No, jovencito, yo no ando atemorizando a la gente, nomás les advierto. Porque hay algunos que han mentido y que han levantado falsos y luego les llega la mano de la justicia, que a todos alcanza, y se sienten asustados y no entienden que es porque han dado testimonios falsos. *(Muy en confianza.)* Dice Heraclio que quiere verte.

EL PETIMETRE: No sé qué quiera de mí; yo no tengo asuntos con ladrones ni bandoleros.

JACINTO: ¿Es cierto eso que dices, muchacho?

EL PETIMETRE: No tengo nada qué ver con ellos.

JACINTO: Pues Heraclio quiere verte, porque dice que tiene una cuenta pendiente contigo.

EL PETIMETRE: Yo no tengo nada qué ver con él y no quiero verlo, ni oírlo nombrar quiero, como no deseo saber nada de ningún maldito bandolero.

JACINTO: ¿Por qué maldito?

EL PETIMETRE: Por asesino y malo.

JACINTO: No es asesino, y si piensas que es malo, pues así lo hicieron. Lo conocí muy bien, como a todos los de su camada; me compraba cigarros, yo lo enseñé a fumar con el cuento de los alichanes. Buen muchacho Heraclio, pero ya ves, lo injuriaron y las mentiras siempre tienen acomodo en los oídos de los necios y de los malvados.

EL PETIMETRE: Él siempre fue ladrón, comenzó por robarse unas barras de plata...

JACINTO: ¡Mientes, Petimetre, mientes!

EL PETIMETRE: Tú lo defiendes porque eres amigo de los cuatreros y sé que te miras con ellos y les das avisos y mensajes. Ayer asaltaron unas conductas que salieron en secreto y tú Jacinto, nadie más que tú, eres el culpable de todo esto.

JACINTO: Tienes un pico de cotorra vieja que nomás te puede servir para andar con las comadres por allá en los lavaderos; los dizque hombres como tú no deben de salirse de las faldas de las viejas.

EL PETIMETRE: (*Empieza a gritar.*) Jacinto es el soplón; Jacinto es la oreja que tiene Bernal en Real de Reyes; Jacinto es el que le avisa de la salida de las conductas para que Heraclio realice el asalto con sus gavilleros.

JACINTO: Ahora no corre viento para que se lleve tus palabras; mañana temprano quizá bajen los venados de la sierra a beber agua y se llenen las veredas de miradas apacibles y lánguidas; esta paz no es para ti ni lo será nunca porque te voy a maldecir. ¡Maldito seas en la tierra por todos los días que te faltan y que serán muy amargos; maldito seas por injuriante y por traidor al pueblo y a la raza; te verás perseguido y acosado por tus yerros, por tu propia sombra y por todas las palabras! ¡Maldito, mil y una vez maldito, una y mil veces maldito seas!

## VIII

### EL QUICIO DE UNA PUERTA EN REAL DE REYES

MINERO: El salario de un minero es de dos reales al día; dos reales son apenas veinticinco centavos, mientras que el sueldo de los empleados de confianza es de cuatro pesos. Nosotros bajamos a la mina a las siete de la mañana y salimos de allí a las siete de la noche. A veces entramos cuando todavía está oscuro y salimos cuando el sol se ha puesto. En el invierno, por ejemplo, nunca vemos la luz del día. Estamos, además, expuestos a intoxicación, derrumbes y asfixia. A las puras doce, por el malacate, nos bajan la comida: tortillas duras embarradas de frijol y un poco de chile; comemos a oscuras con las manos llenas de tierra o lodo, a veces muertos de calor y a veces temblando de frío. En algunas ocasiones el agua se filtra por los tiros y se inunda la mina y tenemos que sacar el agua y se nos arrugan las manos y los pies y nos duelen las canillas con tanto lodo, tanta humedad, tanta oscuridad que hay allá adentro. Cuando llega la quincena ya la debemos; la tienda de raya está llena de cuentas que nos hacen por todo; dicen los patrones que gastamos más de lo que ganamos y que eso no es culpa de ellos y que para que aprendamos a gastar nos cobran intereses. Yo, a mi mujer, he tenido que pegarle varias veces para que no gaste tanto, pero dice que los niños lloran y lloran del hambre y que como allá abajo, en la mina, no se oyen sus

llantos yo no les doy importancia. Muchas noches he pensado que mejor me muriera porque ya no aguanto más este cansancio que arrastro de años y que arrastró mi padre y mis hermanos, pero nunca me di cuenta que a ellos les preocupara, lo tomaban como un castigo y casi no hablaban. Quizá sea que yo soy más pensador, porque también parece que los otros mineros no se fijan en nada y el día de descanso se levantan y se emborrachan y no piensan en que todo esto no es justo y que Dios no es para nada bueno porque a unos les dio mucho dinero y sus buenas casas, mientras que a otros no nos dio nada, nada, nada.

## IX

### PLAZA PÚBLICA EN REAL DE REYES

URSÉBIRI: Ursébiri Quiábiri, el Secúbiri, su amigo de siempre, su amigo de todos los días, su médico especialista que le cura las enfermedades del cuerpo y las enfermedades del alma. Traigo toda clase de amuletos, acérquense a su amigo el Secúbiri.

CARMELO: Yo, Ursébiri, tengo perdida la esperanza; no creo en nada y nada espero.

URSÉBIRI: Esa es una enfermedad del alma. Tienes que matar un alichán blanco, arrancarle las alas, las extiendes y te las amarras aquí en las sienes y así andas tres días y si alguien te pregunta por qué traes esas alas no le digas que tienes perdida la esperanza, diles nomás que es un adorno y que tuviste permiso del cielo para matar alichanes. A los tres días vas a pensar de manera diferente.

CARMELO: Muchas gracias, ¿cuánto te debo?

URSÉBIRI: Son dos centavos.

CARMELO: Hasta luego.

JUAN: *(Se acerca.)* Señor Ursébiri Quiábiri. *(Esta escena se desarrolla con gran discreción.)*

URSÉBIRI: ¿Cómo estamos, Juan, qué dice Heraclio?

JUAN: Está allá detrás de aquellos cerros esperando.

URSÉBIRI: ¿Tienen provisiones?

JUAN: Sí, bastantes.

URSÉBIRI: Bien, dile a Heraclio que Cleofas Salmón reunió un ejército en la capital y que viene dispuesto a encontrarlo, que les ha prometido su cabeza a los jefes del estado, que tenga mucho cuidado.

JUAN: Muy bien, ahora mismo.

URSÉBIRI: Espérate. Dile que son como veinticuatro o veintiocho hombres los que trae, que conviene atajarlo en la Cuesta de los Caracoles mañana por la noche cuando ellos descansen.

JUAN: Muy bien, ahora se lo digo.

URSÉBIRI: Que no se confíe, dile, de nada ni de nadie. Cleofas es malo, es muy malo y odia con pasión a Heraclio.

JUAN: Te vemos el domingo en Ibonía.

URSÉBIRI: En Ibonía el domingo. Allí nos vemos. *(Juan se aleja. En voz alta.)* Su amigo de siempre, su amigo de todos los días. Carbonato para los dientes, bálsamo para las reumas, estrellas de mar para el amor, las siete hierbas para el mal de orín, lechuguilla para los sueños, palo blanco para el rencor y recetas y consejos para recuperar la esperanza.

## X

### UN LUGAR EN LA SIERRA

*Dos arrieros descansan tranquilamente. Llega Heraclio Bernal con dos de sus hombres y los toman por asalto. Los atan de la cintura y de las manos.*

ARRIERO 1: ¡Quiubo!

ARRIERO 2: ¿Qué es esto, Heraclio? ¿Qué te hemos hecho?

HERACLIO: A mí nada, pero me van a acompañar a un asuntito que está por allí pendiente y que hoy debe quedar arreglado.

JUAN: Lo mejor es que obedezcan y caminen con la boca callada.

ARRIERO 1: Pero es que nosotros no hemos hecho nada.

JUAN: Callados, ya les dije, o les echo un trueno en la boca para que no hablen. *(Llegan a una casa y tocan a la puerta.)*

SIMÓN: *(Desde adentro.)* ¿Quién es y qué quiere?

JUAN: Buscamos al alcalde del pueblo, al señor Simón Lizárraga.

SIMÓN: Con él está hablando, ¿para qué soy bueno?

JUAN: Acabamos de agarrar a dos de los hombres de Bernal, los traemos amarrados y venimos a entregarlos para que hablen y digan dónde se esconde Heraclio.

SIMÓN: *(Abre la puerta.)* Entren, pásenle. *(Entran.)*

HERACLIO: *(A Simón.)* Estaban allí, echados, debajo de un árbol, fumándose un cigarro y mirando con desvergüenza lo que pasa. “Quiubo compas”, les dije, y ni se inmutaron; yo los conozco muy bien. Aquí los tiene.

SIMÓN: *(A Heraclio y a Juan.)* Ustedes querrán alguna propina, algún agradecimiento.

JUAN: No, no, para nada, nosotros andamos en lo nuestro.

HERACLIO: Yo que usted los fusilaría inmediatamente.

SIMÓN: Los voy a llevar a la cárcel, primero.

JUAN: ¿Dónde tiene la cárcel?

SIMÓN: Aquí nomás a la vuelta.

HERACLIO: ¿Y las armas y el dinero, dónde los tiene?

SIMÓN: No entiendo.

HERACLIO: Para que me entienda: Heraclio Bernal soy yo, ellos son dos arrieros que encontramos en el camino. Ahora entréguenos las armas y el dinero.

SIMÓN: En esta casa no hay armas.

HERACLIO: Tráiganos pues el dinero para que no tengamos que buscarlo con nuestras propias manos. *(Simón va por el dinero.)* Suelta a estos hombres, Juan, y págalos por su ayuda, pero vamos a salir juntos, que no salgan ellos primero. *(Regresa Simón con dos bolsas de dinero.)*

SIMÓN: Espero que sea suficiente.

HERACLIO: Yo también lo espero. *(A Simón.)* Y ahora vamos a la cárcel que tengo por allí unos compadres presos. ¿Vamos?

SIMÓN: Vamos.

## XI

### VENTANA EN CASA DE NEHEMÍAS ARÁMBURO

*Se escucha el aria de "El brindis" de la ópera La Traviata de Giuseppe Verdi que el viejo Nehemías Arámburo oye sentado en su mecedora.*

NORBERTO: Real de Reyes es un pueblo minero con más de quince minas de oro y plata. El pueblo está dividido por una barranca profunda y angosta por donde corre el agua y por donde se entra a una de las minas, a la más importante. Todas las tardes, a la caída del sol, el pueblo se llena del olor a pan recién horneado; los mineros regresan del trabajo con tal fatiga que no pueden ni levantar los ojos del cansancio; los cerros, con el sol, se ponen color sepia como fotografías recién hechas y se escucha por todas partes la música de ópera que pone en el fonógrafo que le trajeron sus nietos, Nehemías Arámburo. Aquí nunca hay nada que hacer más que esperar, esperar a que pase algo; porque como decía Diego Moraila: "No se puede que no pase nada".

## XII

### CASA DE CLEOFAS SALMÓN EN COSALÁ

CLEOFAS: *(Furioso.)* De que alguien nos delató está muy claro. Pero, ¿quién sabía que yo traía a esa gente? ¿Quién supo que allí acamparíamos? ¿Quién sabe todas estas cosas antes que mi gente y mis subordinados? ¿Quién? ¿Quién carajos tiene tan largas las orejas que hasta la capital alcanzan? De que hay traidores y soplones siempre los ha habido y a esos hay que ahorcarlos. Todo está perfecto, me dan treinta guachos, dinero, provisiones, me despide el gobernador a la puerta, y en la Cuesta de los

Caracoles, estratégicamente, aparece Heraclio. ¡Cómo quisiera saber quién fue el soplón para quemarlo vivo! ¿Cuántos murieron allí? Quién sabe. ¿Cuántos huyeron o regresaron a sus casas? No sé; lo único que sé y de lo que estoy completamente seguro es de que Bernal cometió el peor de los errores al dejarme vivo, porque juro en este momento por la sagrada muerte de mi padre, que no descansaré hasta arrancarle la cabeza y tenerla aquí en mi mano, aunque los dos nos estemos pudriendo; él de muerte y yo de rabia. *(Destapa una botella de aguardiente con los dientes y le echa un largo trago.)* ¡Marcelo, Marcelo, dónde andas!

MARCELO: A sus órdenes, señor.

CLEOFAS: Necesito dos hombres de mucha confianza.

MARCELO: Sí, señor, ¿los traigo?

CLEOFAS: De entera seguridad, Marcelo, ¿me entiendes?

MARCELO: Lo entiendo, señor, así serán.

CLEOFAS: Quiero que hagan un trabajo muy confidencial, ¿me entiendes?

MARCELO: Sí señor.

CLEOFAS: Date cuenta Marcelo que no se puede confiar en nadie, parece que todo mundo es un servidor de Heraclio.

MARCELO: Así parece, señor.

CLEOFAS: ¿Tú le has visto, oído, le has hablado; con él has tenido contacto?

MARCELO: ¿Con quién?

CLEOFAS: Con Heraclio.

MARCELO: No señor, para nada; nunca, ni lo he visto, ni lo conozco, ni quiero.

CLEOFAS:*(Suspiroso.)* ¡Qué bueno, con eso descanso!

MARCELO: Decía, señor.

CLEOFAS: Sí, tráeme dos de los hombres de mayor confianza. *(Marcelo se encamina.)* Espera, ¿a quién vas a traer?

MARCELO: A Víctor y a Pedro.

CLEOFAS: ¿Y Santiago? ¿dónde está Santiago?

MARCELO: Se cayó del caballo, tiene quebraduras y está con los dolores.

CLEOFAS: Por ahí anda el curandero ése, Sequiábiri, a ver si viene a verlo.

MARCELO: Vendrá, seguro, después que atienda a la hija de Matilde de un mal parto.

CLEOFAS: Está bien, que vengan ellos. A ti te voy a responsabilizar si me traicionan. *(Marcelo sale y luego vuelve a entrar con los dos tipos.)* Señores, tengo una misión muy importante para ustedes dos pero tienen que jurarme fidelidad absoluta, y si me traicionan los mando colgar allí afuera en la plaza.

VÍCTOR: Lo que usted diga, señor.

CLEOFAS: *(A Pedro.)* ¿Y tú no dices nada?

PEDRO: Yo, señor, soy de una sola pieza, acato sus órdenes y las ejecuto por la buena o por la mala.

CLEOFAS: Estos son los hombres que me gustan. ¿Tú trabajas para mí?

PEDRO: En los establos. Tengo poco tiempo.

VÍCTOR: Yo en la huerta. Y ya llevo aquí tres años.

CLEOFAS: Sucede, caballeros, que este Heraclio Bernal ya me ha cansado la paciencia; primero me amenaza, luego un día viene y me roba y ahora hace unas semanas que me puso en vergüenza frente a mi gobierno. Desde la noche que me desbandó el

ejército no duermo pensando en qué urdir para hacerle frente. Pero necesito dos hombres bien machos y bien bragados.

VÍCTOR: Aquí los tiene, usted dice, señor.

CLEOFAS: Se trata de llevar una gran carga de alimentos y de víveres y pasar por los caminos por donde Bernal transita. El asunto es que él les robe la carga, ustedes no oponen resistencia y se vienen.

MARCELO: En recompensa porque lo dejó con vida en la refriega de los Caracoles.

CLEOFAS: Exactamente; sólo que estos alimentos, todos tienen veneno; se los advierto para que no los toquen, ustedes llevarán aparte su bastimento. Tú Marcelo, encárgate de comentar por todo el pueblo que va a salir un cargamento de víveres que les enviamos a unos trabajadores de la Ciénga y la Estancia y que saldrá mañana muy temprano, por la madrugada.

MARCELO: Es una brillante idea. (*Entra Ursébiri.*) Aquí está Ursébiri Quiábiri.

CLEOFAS: Que pase.

### XIII

#### OFICINA DE LA TIENDA DE RAYA

EL PETIMETRE: Es muy difícil que me hagan bajar a mí de Real de Reyes para ir hasta Cosalá que está tan re lejos. Todo el camino está lleno de palomas que cantan; pero no cantan, se lamentan, gimen, es una tortura escucharlas.

DON CHAVA: Se casa una de las hijas de los Iriarte y tienes que ir a disponer y a arreglar el camino de plata, siempre lo has hecho; además tienes que decorar el patio para el baile.

EL PETIMETRE: Yo, don Chava, con mucho gusto iría; otras veces lo he hecho a pesar del gimoteo de las palomas; pero esta vez no puedo, entiéndame, no puedo, es otro temblor, otro miedo.

DON CHAVA: A qué le tienes miedo.

EL PETIMETRE: (*Muy en confianza.*) Bernal me tiene amenazado de muerte.

DON CHAVA: Pues a todos nos amenaza el bandolero ése.

EL PETIMETRE: No es igual, don Chava, no es la misma cosa. A mí me amenaza, me manda recados y me manda cartas por aquello de las barras de plata. Cada vez que llega una diligencia, una comanda, unos arrieros, recibo alguna nota de Heraclio. Todo esto es una tortura; no duermo, cada ruido, por pequeño que sea, me despierta, abro los ojos sobresaltado, sudando helado y con el corazón como si fuera a desprendérsese del pecho. No tengo paz, no tengo sosiego, cualquier chillido de pájaros me asusta y me resquebraja. No sabe cómo deseo que llegue Bernal para que acabe de una vez con todo esto. Yo así no puedo vivir, don Chava, no me atrevo a dar un paso porque me mata el miedo.

DON CHAVA: Cálmate, muchacho, Bernal sólo está jugando, no tienes que temer nada. Toma un tecito de tila para que duermas tranquilo porque mañana saldremos temprano; nadie sabrá que tú y yo viajamos. Ya le prometí al viejo Basilio Iriarte que te llevaría y que esta vez quedará mejor que nunca el camino de plata.

XIV

CASA DE CLEOFAS SALMÓN EN COSALÁ

MARCELO: *(A Cleofas.)* Señor, allí afuera está Antonio Bejarano; quiere hablarle, dice que es urgente y algo malo.

CLEOFAS: Está bien, que entre. *(Entra Antonio.)* A ver, a ver, las malas noticias hay que decir las sin rodeos, sin sobresalto.

ANTONIO: Bueno, patrón, pues el asunto no es agradable...

CLEOFAS: ¿Quieres un trago?

ANTONIO: Cómo no, nos lo echamos. *(Beben.)*

CLEOFAS: ¿De qué se trata?

ANTONIO: De que Bernal nos ganó otra vez la tirada.

CLEOFAS: ¿De qué, hombre? A ver, explícate. *(Bebe.)*

ANTONIO: Pues que Heraclio encontró muy pronto a los que llevaban los alimentos enyerbados y como a lo mejor alguien le sopló al bandido de lo que se trataba, los obligó a que se comieran allí mismo la comida y los encontraron bien muertos y los alimentos allí sin que nadie los tocara.

CLEOFAS: *(Estalla en rabia, grita desafortadamente.)* ¡Ah, perros! ¡Perros jodidos, perros hambrientos, soplones, poco hombres! ¡Heraclio, Heraclio! ¿Dónde andas, hijo de las tinieblas? ¿Dónde te escondes Heraclio de mierda? Engendro del diablo, aborto de la muerte. *(Al borde del llanto.)* Ya no hay palabras para hablarte, Heraclio, no hay palabras que puedan expresar lo que siento aquí en el pecho y que me quema todo lo que traigo dentro; el corazón, el alma, los pensamientos. No sabes cuánto te odio y te detesto y tengo que matarte, tengo que matarte porque si no lo hago siento yo que me muero. *(Muy reflexivo.)* Padre, padre mío, tú que fuiste mi guía y que me enseñaste todo lo que hay que hacer en esta vida, ¿por qué no me dijiste que el odio es el peor de los venenos? ¡Sácame de esta angustia padre, te lo suplico, sácame! *(Marcelo se acerca y le ofrece unos tragos de aguardiente. Bebe. Pausa larga.)*

ANTONIO: Señor, uno de los muertitos, creo que Pedro, traía una carta en la mano, con toda seguridad la manda Heraclio.

CLEOFAS: *(Violento.)* Rómpela, quémala, tírala; no quiero saber nada de ella, nada.

ANTONIO: Sí señor, con permiso. *(Se encamina a la salida.)*

CLEOFAS: No, espera, espera, espera... guárdala, a lo mejor después, quizá más tarde, otro día tal vez, ponla por allí, es posible que luego la vea, guárdala, tú guárdala.

ANTONIO: *(Va a salir.)* Sí señor, eso haré.

CLEOFAS: *(Grita desesperado.)* ¡Ay, maldita sea! Dime lo que dice esa aborrecible carta que me estoy muriendo por saberlo.

ANTONIO: *(Lee.)* "El pueblo está con los que lo salvan, no con quienes lo pisotean; ese es mi secreto y mi éxito. En el próximo baile que te encuentre te prometo bailar contigo Cleofas. Atentamente: Heraclio."

CLEOFAS: *(Ríe. Lee y relea la carta y la risa se le va congelando.)* ¡Ay, maldito, y mil veces maldito Heraclio! ¿¡Qué filtro estoy bebiendo yo con esta carta!? ¿Qué nuevo

veneno viene a emponzoñar mi sangre? ¿Qué burla nueva intentas Heraclio? ¿Hasta dónde pretende llevarme este engendro del diablo? Me estoy muriendo, padre mío, de dolor, de odio y de rabia. *(Se sienta a llorar y dicen que lloró sin parar varias semanas.)*

## XV

### PLAZA PÚBLICA EN COSALÁ

JAVIER: La tradición en casa de los Iriarte cuando iba a haber un matrimonio en la familia, era que se cubriera desde la puerta de sus casas hasta el altar de la iglesia de Cosalá, un camino de cien varas de largo y dos de ancho con barras de plata y oroche para que los novios pisaran sobre ellas en señal de buen agüero. Luego venía la fiesta que duraba una semana. Durante este tiempo se ofrecía un banquete diario a los invitados. Se mataban diez toretes, veinte lechones y un número impresionante de gallinas, pollos y patos. Todos los días, en un inmenso comal, alrededor de quince mujeres echaban tortillas. El pueblo y todas las rancherías hacían girar su vida durante estos días en torno a la boda de los Iriarte, menos los mineros, que como ratas entraban por la mañana y salían por la tarde de sus húmedos túneles.

## XVI

### LUGAR EN LA SIERRA EN LAS INMEDIACIONES DE REAL DE REYES

HERACLIO: ¿Qué hay en el pueblo, Lorenzo? Hace tres días que el viejo Nehemías no oye sus conciertos.

LORENZO: Subió un gran regimiento, más de cuarenta soldados que vienen a poner orden por unos mineros que trataron de hacer una revuelta; pero ya se van a ir y pronto podrás bajar por bastimento, ya ves, el viejo Nehemías siempre está al pendiente de todo esto.

HERACLIO: Lo sé y lo agradezco. ¿Cuál era el apuro por verme, Lorenzo?

LORENZO: Grave y penoso; muy grave y muy penoso, difícil de decir Heraclio, pero te lo tenía que informar personalmente y no podía mandarte recado, ni propio. Mira Heraclio, a veces las cosas no son como uno piensa y tal parece que vivimos engañados y perdemos la confianza hasta en nosotros mismos. Todo esto pesa y duele mucho, como la desesperanza, como la angustia, pero hay que ser muy fuertes y muy hombres. Esto que voy a decirte no es un chisme de vieja, es algo muy cierto y te doy mi palabra de hombre que así ha sido como voy a contártelo; pero te sugiero que lo medites bien antes de hacer algo, piénsalo dos noches aunque te quite el sueño.

HERACLIO: *(Desesperado.)* ¡De qué se trata, caramba!

LORENZO: Vi a tu tío Mateo Torres que yo sé que es tu brazo derecho hablando con uno de los hombres de Cleofas Salmón, porque vino el prefecto de Cosalá a Real de Reyes. Luego parece que se dieron cita por allá por los corrales de los Amézquita; eso ya pardiando el día y se entrevistó con Cleofas. Hablaron largo rato y se fue cada quien por su lado. Luego, ya ves, llegó este regimiento dizque para someter a unos mineros,

pero a lo mejor han venido a buscarte. Yo sé que tú te sabes cuidar; pero la traición es la traición y es muy peligrosa y mala. Ten cuidado, ten cuidado.

HERACLIO: Mi tío Mateo, ¡diablos! ¿Por qué él que ha sido para mí como un padre? Mi tío Mateo, mi tío, es como para no creerse; le tenía más confianza que a mis hermanos.

LORENZO: La ambición y el dinero pesan mucho en las almas de los humanos.

HERACLIO: *(Con coraje.)* ¿Cuándo fue que lo viste con ellos?

LORENZO: Fue el martes pasado.

HERACLIO: Pues el jueves, casi nos exterminan a todos en el cerro de las Ánimas cuando pasamos por allí, según las estrategias de mi tío ya nos estaba esperando el sexto batallón de infantería, que es ése que ahora está en el pueblo, ¿no es cierto?

LORENZO: Sí, ese es.

HERACLIO: Pues salimos derrotados, perdí muchísimos hombres, armas... mi tío, ¡carajo! no puedo creerlo, Lorenzo, no puedo. *(Pausa.)* Ahora muchas cosas me quedan claras, perfectamente claras.

LORENZO: Qué bueno que estás bien; qué malo que haya llegado tarde el mensaje.

HERACLIO: El mensaje está muy a tiempo; hay mucho que hacer y lo voy hacer ahora mismo, en este momento. *(Pausa.)*

LORENZO: Hay un baile pasado mañana en Conitaca, sé que va a estar Cleofas Salmón y también invitaron a Nehemías Arámburo.

HERACLIO: Nos veremos en el baile.

LORENZO: Me duele mucho lo que te dije.

HERACLIO: También a mí. Me duele tanto que quiero estar solo para poder llorar. Nos vemos en el baile, Lorenzo, seguro que nos vemos.

## XVII

### CASA DE MÓNICO EN AMACULI

MÓNICO: Yo conocí a Bernal porque estuvimos juntos en la cárcel de Mazatlán hace ya muchos años. Recuerdo que pasamos dos o tres días encerrados, luego vino la revuelta de Ramírez Terrón y nos puso en libertad para que nos le uniéramos a luchar contra el gobierno. Bernal se le unió con agrado; yo me vine para mi casa. Allí aprendió Heraclio todo lo que hay que saber de la guerra; dividir la gavilla en tres o cuatro grupos después de un asalto para reunirse luego en un punto determinado. Una cosa muy importante que Ramírez Terrón dejó a Heraclio fue la conciencia clara de que la lucha es justificable si es en favor del pueblo, de los de abajo. Algo que el general le aconsejó mucho fue que no se dejara retratar, ni pintar, ni dibujar por nadie para que ninguno lo reconociera y pudiera andar libremente por las calles y plazas. Un gran hombre, un excelente caballero el Bernal ése, que no pretende enriquecerse con los asaltos; todo el dinero lo reparte entre los pobres y la gente del pueblo. Hacen mucha falta hombres así. Los que están en el gobierno, esos sí son bandoleros que roban y mucho; y no comparten con nadie el dinero.

## XVIII

### EN LA SIERRA, BAJO LOS ÁRBOLES

HERACLIO: Ya tengo más de tres años metido en esta sierra que conozco como a mis manos. Y cada año vemos caer la nieve, secarse las hojas de los árboles, esconderse los conejos y emigrar las aves. Luego llega la primavera y todo renace, regresan los animales, el campo se llena de flores y por todas partes hay torrentes de agua. Veo que en la naturaleza cambian las cosas que están a la vista; pero lo esencial siempre permanece. Los árboles se quedan allí, firmes, esperando nuevas hojas, flores, frutos. Y entonces yo me he preguntado sobre este carácter de permanencia que tienen las cosas naturales y cómo es que nosotros tenemos que ver esto para seguir el ejemplo. Un compa no puede pasarse parte de su vida luchando contra el gobierno y luego, después de un tiempo, ir a venderse y pasarse del lado de ellos cuando que sabemos que no tienen la verdad, que son injustos y se mueven por sobornos y dinero. No se puede un día ser amarillo y otro ser negro. No entiendo, por otra parte, la deslealtad a un amigo y menos entiendo la deslealtad que un hombre se hace a sí mismo. Tío Mateo, sé que nos ha traicionado usted, conozco sus pasos con Cleofas y sus acuerdos, pero eso no me importa ahora porque ya perdimos esa guerra del cerro de las Ánimas. Lo que realmente me importa y me preocupa y me duele es la traición que usted mismo se ha hecho; porque si estamos convencidos que somos nosotros los que tenemos la razón es imposible que también la tengan ellos. Si estamos convencidos que somos nosotros los que luchamos por la justicia es claro que ellos no la tienen, ¿o piensa que hay justicia en los dos extremos? *(Pausa.)* Esta traición, usted sabe, no se perdona con nada, ni por nada. Hemos perdido más de treinta hombres en la emboscada a causa de la delación que usted ha hecho. ¿Quiere decir algo?

MATEO: Sí.

HERACLIO: Hable.

MATEO: Yo creo que me estoy haciendo viejo, muy viejo, y me miro las manos y me doy cuenta que éstas no son las manos de hace dieciocho o veinte años cuando conducía yo solo aquellas grandes manadas por la sierra. Sí, muy viejo, y desde acá, Heraclio, desde donde se sientan los viejos todo se mira muy diferente; se acaban los bríos impulsivos de la juventud y empieza a aparecer el miedo. No sabes cómo le tengo miedo a la muerte. Cada día creo que pueden sorprendernos y yo quedar tirado por allí para que me coman los coyotes, las auras, y que las hormigas terminen por roer mis huesos. Por las noches oigo cualquier ruidito, por pequeño que sea ¡la muerte!, digo, me sobresalto y pierdo el sueño. Tengo miedo Heraclio; tengo mucho miedo.

HERACLIO: Eso no le justifica en nada, tío.

MATEO: Me hablaron muy bien, me convencieron, me ofrecieron una casa tranquila en el lugar que yo la quisiera. Dinero, mucho dinero. Me cegaron, me embrujaron, me dieron a tomar algo; no sé qué me hicieron. *(Pausa.)* Quiero que me perdones, Heraclio, yo sé que esto no se perdona pero es la primera vez en diez años que te pide algo este viejo.

HERACLIO: Voltéese de espaldas, o quiere que lo mate de frente.

MATEO: *(Al borde del llanto.)* Me estoy muriendo de miedo, muchacho, me estoy muriendo de angustia, parece que voy a vomitar todas las tripas que traigo dentro. *(Llora.)* Perdona a este pobre viejo, Heraclio, hijo; te juro que me iré lejos, muy lejos, donde nunca vuelvas a verme ni a saber nada de tu tío Mateo.

HERACLIO: *(Saca la pistola y le apunta.)* Que Dios lo perdone tío, por lo que usted hizo: este es el precio. *(Lo mata de dos balazos. Se hace luego un largo silencio. Empieza a llorar.)* Me está llevando la chingada, vamos a llorar al viejo. ¡Qué gran viejo fuiste, cabrón, qué gran viejo! *(Se oye el dueto de amor "Quest' obi pomposa" de Madame Butterfly durante un largo tiempo.)*

JUAN: La tropa se ha retirado, vamos a bajar al pueblo.

HERACLIO: Bajen ustedes, yo aquí los espero con el viejo; luego tendremos que ir a un baile a Conitaca y eso está lejos, está muy lejos. Ahora todo queda muy lejos. *(La música sigue hasta el final.)*

T E L Ó N

## Segundo acto

### XIX

#### PLAZA DE CONITACA. BAILE

*Hay la algarabía del baile. Cleofas habla con algunos hombres. Entra una mujer muy hermosa y muy bien vestida acompañada de un caballero y se sienta en una de las sillas. Cleofas se le queda mirando y ella le corresponde con un amplia sonrisa.*

CLEOFAS: *(A Domingo.)* Domingo ve y acércate a aquella señorita y con discreción proponle lo siguiente: dile quién soy; un hombre noble, acaudalado y prefecto de Cosalá. Todo lo que tú ya sabes. Luego dile que me ha simpatizado mucho y que si no tiene ningún compromiso con ese caballero que ha llegado o con otro, que me conceda el próximo baile. *(Domingo se retira y habla con el acompañante de la muchacha, ella no habla.)*

MANUEL: Usted nunca ha dejado de ser enamorado, don Cleofas.

CLEOFAS: Las mujeres bonitas siempre me han trastornado y ésta muy especialmente. Nunca había visto una mujer con una mirada tan noble y a la vez tan agresiva; me parece terriblemente hermosa. Resulta tonto decirlo pero creo que me he enamorado. *(Regresa Domingo.)* ¿Qué te ha dicho?

DOMINGO: Dice el señor que la acompaña que él es su hermano y que sólo viene a cuidarla; que ella con mucho gusto bailará una pieza, pero solamente una porque no está bien, así, en el primer baile, bailar siempre con el mismo caballero.

CLEOFAS: Su nombre, ¿no te dijo su nombre?

DOMINGO: Se llama Alejandrina Villanueva.

CLEOFAS: *(A Nehemías.)* Ponme un vals de los que más te gusten, de los mejores que tengas. *(Cleofas se dirige a la muchacha.)* Señorita, usted disculpe, soy Cleofas Salmón, ¿me permite? *(La muchacha se pone de pie como encantada.)* Quiero que sepa, señorita, que desde que llegó me sentí fuertemente atraído por usted y le doy mi palabra de hombre que es la mujer que más me ha gustado en la vida, y le juro, que no habrá nunca otra que me guste más.

*La muchacha le sonrío con agrado y se inicia la música, el vals de la “Viuda alegre” de Franz Lehar. Bailan por toda la pista y se acoplan muy bien. Hay una extraña*

*expectación entre Nehemías, Jacinto y el supuesto hermano. Cleofas baila feliz como un adolescente enamorado, la muchacha sonríe muy contenta disfrutando en gran medida el baile. Luego de bailar un rato la muchacha le quita la pistola de la cintura a Cleofas, se arranca la peluca, se descubre como Heraclio. La música se detiene, se hace el silencio, la expectaci3n crece.*

HERACLIO: Hola Cleofas, soy Heraclio. Te prometí que bailar a contigo y siempre cumplo lo que prometo. *(Hay risas por todos lados.)*

CLEOFAS: *(Está que revienta de furia, de rabia.)*  Mierda y requet  mierda del diablo!  Qu  he hecho, qué he hecho?!

HERACLIO: Una silla Juan. *(La trae, sientan a Cleofas en el centro de la pista de baile, lo atan y le ponen la peluca.)* Y te quedas quietecito sentado en esta pista en la que bailaste tan enamorado. Tu pistola me la llevo de recuerdo en memoria de este majestuoso baile que me has concedido. Y no te mato porque pesa sobre ti la maldici3n de que morir s loco y desesperado. *(Se va Heraclio y el supuesto hermano. Las carcajadas siguen mientras lo desatan.)*

CLEOFAS: *(A lla desesperado, está como loco, tira las cosas, rompe las sillas, babea.)*  Qui n carajos sabía que era Heraclio?  Qui n lo sabía mierdas? T  viejo Nehemías que lo sabes todo y nunca hablas, lo sabías y nos pusiste esa maldita música que detesto tanto.  Lo sabías, no es cierto viejo endiablado? Y t , Jacinto, veme a los ojos; lo sabías y no dijiste nada para luego verme en este estado. Y t  Domingo, t  hablaste con él antes del baile y no le o ste la voz de macho. Lo sabían todos, todos lo sabían.  Ustedes son gente de Heraclio! *(En profunda reflexi3n.)*  Dios mío estoy solo en esta tierra de nadie y me veo entre puros bandoleros que desean mi muerte y mi fracaso. Qué suerte, Dios mío, qué suerte maldita me has dado. *(Grita desesperado.)*  Lo odio, lo odio con todas las fuerzas con que se arraiga en mí la hombría que adentro traigo! Y juro muy solemnemente que desde este momento no har  ninguna otra cosa que no sea procurar su muerte. Tienes que morir engendro del diablo, tienes que quedar en mis manos como un perro,  como un perro, maldito sea! *(Empieza a echar espuma por la boca.)*  Perro, perro, un maldito perro, Heraclio! *(Vienen dos hombres y se lo llevan. Cleofas de nuevo, está llorando.)*

XX

## CASA DE UN MINERO EN COSALÁ

MINERO: El frijol está muy caro y todos los días suben el precio de las cosas en la tienda de raya. Nosotros seguimos ganando lo mismo: dos reales: nada. Mi mujer est  seca, tiene las tetas aguadas y no les sale nada de leche, y el chiquito, el que nos naci3 hace poco tiempo, se nos muere de hambre porque la leche de vaca es muy cara. Yo nunca he probado la leche esa, dicen que es muy buena, y que se le forma nata; ha de serlo. De chamaco una vez mont  una chiva y la orde e y me tomó la leche y me pareci3 muy dulce, como azucarada.  Eso! A la luz del día pasan tantas cosas que será bueno verlas. All  adentro de la mina la oscuridad es tan grande que se acostumbra

uno a lo negro. En los días de descanso no resisto salir a la calle; me molesta mucho el sol y me duelen las bolas de los ojos y mejor me quedo encerrado y cierro las ventanas y las puertas y mi esposa, María Ignacia, se pone muy triste porque quiere que la lleve al arroyo o a la iglesia, o a sentarnos en las bancas de la plazuela a ver pasar la gente, pero yo no puedo, no puedo; los ojos me lloran y me arden, ya estoy acostumbrado a no ver el sol: a no verlo.

## XXI

### CASA DE GOBIERNO EN LA CAPITAL DEL ESTADO

ORTEGA: Los informes que tenemos acerca de la agitación que se vive en el país y en este estado son deplorables. Hemos recibido una fuerte llamada de atención sobre el peligro de seguridad nacional que representa Heraclio Bernal. Es muy larga la lista de los asaltos realizados en todas las poblaciones del centro del estado; conductas, diligencias y viajeros. La Presidencia de la República nos ha mandado poner un hasta aquí al respecto. Yo, desde que recibí esta orden, he pensado mucho en lo que puede hacerse puesto que todas nuestras operaciones han fracasado; y dado que nadie mejor que Bernal y su gente conocen esa sierra y que además gran parte del pueblo lo protege. Sólo hay, pues, un camino que nos resta.

PEÑUELAS: ¿Cuál?

ORTEGA: Las negociaciones de paz: el indulto.

VEGA: Creo que nos veríamos muy mal negociando con un bandolero.

PEÑUELAS: ¿Y si no acepta?

VEGA: Indultar a Bernal es un exceso, no le conviene al gobierno.

CASTRO: Creo que hay que pensarlo detenidamente, muy detenidamente.

PEÑUELAS: ¿Y el gobernador qué dice, qué dice de esto?

VEGA: ¿Qué dice el gobernador, Ortega?

ORTEGA: El señor gobernador quiere que lo decidan ustedes, él acepta lo que aquí se acuerde.

CASTRO: ¿En qué términos el indulto?

ORTEGA: Habrá que negociarlo; él desde luego se debe comprometer a licenciar la tropa...

VEGA: *(Corrigiendo.)* La gavilla.

ORTEGA: Para el caso es lo mismo. Se le pedirá que deje la vida al margen de la ley, se le ofrecerá, no sé... terrenos, ganado, dinero para que rehaga su vida dentro de esta sociedad nuestra.

VEGA: ¿Quién podrá negociar esto?

PEÑUELAS: Aquí sólo hay un hombre que puede hacerlo: Sóstenes Iribarren, por supuesto.

ORTEGA: ¡Sóstenes!

## XXII

## TIENDA DE RAYA EN REAL DE REYES

EL PETIMETRE: ¡Ay!, esa música que pone todos los días Nehemías Arámburo me enferma y parece que significa algo; está llena de gritos y lamentos como salidos de la boca del diablo. *(Muy en confianza.)* ¿Qué me mandó decir Heraclio?

FAUSTINO: No sé; no sé nada.

EL PETIMETRE: Con todos me manda decir algo.

FAUSTINO: Pues conmigo no, nada. Además no lo conozco, ni tengo tratos con el forajido ése.

EL PETIMETRE: Dice que va a venir a buscarme. Me estoy muriendo de ansias Faustino. Todas las noches creo que un jinete se pasea frente a mi ventana; desde hace mucho tiempo que no duermo con tranquilidad y me arropo aunque no haga frío y sudo de espanto y de miedo.

FAUSTINO: ¡Déjate de tarugadas! ¿Qué pasó con la barra de plata?

EL PETIMETRE: No se ha podido, tu padre no me deja solo ni un instante y las tiene muy bien contadas.

FAUSTINO: *(Lo golpea con rudeza.)* ¿Y tú crees que yo voy a estar esperando hasta que te pegue la gana?

EL PETIMETRE: No, Faustino, no Faustino, no me pegues van a vernos.

FAUSTINO: ¿Y qué con que nos vean?

EL PETIMETRE: ¿Qué van a decir?

FAUSTINO: La quiero para mañana. *(Se acerca y le hace una caricia.)* O qué, ¿no me la vas a tener para mañana? Tú puedes hacerla ojo de hormiga y yo paso por ella como las otras veces, ya ves que ha sido fácil.

EL PETIMETRE: Nomás la quieres para irte a pasear con esas mujeres que cargas.

FAUSTINO: *(Hosco.)* Son asuntos de hombres, tienes que entenderlo; así somos los machos. Son cosas que no puedo evitarlas; habiendo mujeres de por medio no me importa nada, nada que no sea gozarlas.

EL PETIMETRE: Le voy a decir a tu padre todo lo que me has obligado hacer y le voy a nombrar a todos los nietos que tiene y que ni sabe.

FAUSTINO: ¡Tú cierras el pico, Petimetre, o no respondo de mis manos!

EL PETIMETRE: Ya ves, desde hace mucho tiempo que ni me dejas verte.

FAUSTINO: Pues si tengo esa barra mañana... por la tarde voy a ir a bañarme desnudo a las pozas, pero no te acerques.

EL PETIMETRE: Nunca me dejas, nomás te veo de lejos.

FAUSTINO: Así es como se hace eso; de lejos, de muy lejos.

## XXIII

## CALLEJÓN EN REAL DE REYES

URSÉBIRI: Dile a Heraclio que no encontré parque para la pistola de Cleofas; hemos decidido además que es mejor que no la use, le puede traer mala suerte. Con eso hay

que tener mucho cuidado, Vicente. Las cosas se van llenando poco a poco de imanaciones de quienes las usan y en este caso creemos que no son nada buenas.

VICENTE: Para él es un gran trofeo; y es muy bonita la pistola, por cierto.

URSÉBIRI: No importa eso, díselo.

VICENTE: Yo le doy el recado, que él haga caso... ese es otro enredo. ¿Todo lo demás viene?

URSÉBIRI: Dieciocho cajas de parque, seis pistolas y el rebozo de seda para la Bernardina y que tenga cuidado cuando vaya a verla.

VICENTE: Se lo diré todo. ¿Te alcanzó el dinero?

URSÉBIRI: Hasta me sobró, ¿lo quieres?

VICENTE: Acá arriba no valen los centavos, aquí traigo otra lista; Heraclio quiere un sombrero nuevo.

URSÉBIRI: Se los acaba muy rápido.

VICENTE: Se gastan mucho con el viento. ¿Cuándo te vuelves a acercar para la sierra?

URSÉBIRI: Como en un mes regreso; cuando oigas Carmen es que ya ando cerca. *(Vicente tararea algunas notas de La habanera.)* Ésa es Carmen, hasta entonces.

VICENTE: Espera, tengo que entregarte el dinero. *(Se lo entrega.)* Acuérdate del sombrero, porque no va en la lista, y a mí traime un chocolate... cigarros, no olvides el café, la sal, allí va todo apuntado.

URSÉBIRI: Sí, sí, sí, sí Vicente, hasta luego. *(Intentan retirarse pero se hallan rodeados de soldados que les apuntan.)* No me esperaba esto.

COMANDANTE: No se muevan, no intenten hacer nada porque aquí se quiebran. ¿Qué están haciendo? ¿Cómo se llaman?

URSÉBIRI: Yo soy Ursébiri Quiábiri, el Secúbiri, usted sabe; vendo, ando por los pueblos. Él es mi primo Ernesto y lleva allí un bastimento. *(Como despidiéndolo.)* Bueno, que te vaya bien, Neto, me saludas a mi mamá y a mi tía; díles que no he estado enfermo. Apúrate, que no se te haga noche, yo me entiendo con estos caballeros.

VICENTE: Bueno, hasta luego, nos vemos.

COMANDANTE: *(Le cierra el paso.)* Deja esas cajas en el suelo. *(No acata la orden. Le da un culatazo en el pecho.)* ¡Que las dejes! Tienes mucha prisa, ¿no es cierto?, pues vamos a ver por qué llevas tanta prisa. *(Revisa. Juguetea con una pistola.)* Así que tú eres Ursébiri Quiábiri...

URSÉBIRI: El Secúbiri.

COMANDANTE: El Secúbiri. Y tú debes de ser de la gavilla de Heraclio.

VICENTE: Vicente, su hermano.

URSÉBIRI: Son mentiras de éste no le crea, es un hombre que yo contraté y él, el pobre ni tiene culpa de esto y se quiere dar importancia, déjelo que se vaya, total ya me tienen a mí, con uno que ahorquen basta.

VICENTE: Cállate Ursébiri, soy su hermano.

COMANDANTE: Vicente Bernal. ¡Vaya, vaya! Esto ni de broma lo esperaba. Dos pollos muy gordos que van a figurar en mi ascenso.

URSÉBIRI: Mire mi comandante, yo me dedico a los negocios y pues, me gustaría hacer un trato con usted. Traigo aquí más de ochocientos pesos...

COMANDANTE: ¡Ochocientos pesos! ¿Cómo puedes traer tanto dinero encima? a verlos.

URSÉBIRI: *(Saca el dinero.)* Mírelos usted, plata sellada, dinero bueno.

COMANDANTE: Es muy poco ochocientos pesos, ustedes son dos; no se puede.

URSÉBIRI: Está bien, déjelo que él se vaya, yo me quedo.

COMANDANTE: (*Grita desafortado.*) ¡No se puede! Y este dinero yo te lo voy a guardar para cuando salgas porque tú no podrás guardarlo allí durante veinte años; de que quede conmigo a que quede entre esos sucios carceleros... Vamos andando hijos de la chingada, si intentan hacer algo, cualquier cosa me los trueno, andando, que esto hay que celebrarlo con verdadero estruendo.

## XXIV

### CASA DE CLEOFAS EN COSALÁ

CRISPÍN: Busco al señor Cleofas Salmón.

MARCELO: ¿Quién lo busca?

CRISPÍN: Crispín García, dígame que Crispín García.

MARCELO: ¿Él lo conoce?

CRISPÍN: Me conocerá de habladas.

MARCELO: Ahorita vuelvo. (*Va y regresa.*) Dice que entre, que pase.

CLEOFAS: ¿Qué se le ofrece, amigo?

CRISPÍN: (*Le tiende la mano.*) Crispín García, a sus órdenes, amigo.

CLEOFAS: Mucho gusto, ¿qué se le ofrece?

CRISPÍN: ¿Podría mandar a que estuviéramos solos?

CLEOFAS: Marcelo.

MARCELO: Con permiso. (*Sale.*)

CRISPÍN: Usted disculpará mi atrevimiento, señor, pero el asunto que le quiero tratar es de extremo cuidado; y yo por naturaleza he sido un hombre desconfiado, muy desconfiado y discreto. Crispín García, usted pregunte donde quiera por mí y le darán siempre buenas razones: en La Rastra, Rancho Viejo, Palo Verde y toda la tierra caliente de Abuya, Baila y Agua Nueva.

CLEOFAS: Sí, muy bien, ¿cuál es el asunto?

CRISPÍN: Quiero que sepa que soy hombre a carta cabal: derecho, muy derecho en el trato con los hombres; porque no es lo mismo el trato con las viejas. A las mujeres hay que mentirles compadre, porque a ellas les gustan los embelecados.

CLEOFAS: Sí, muy bien, pero ¿de qué se trata?

CRISPÍN: De Heraclio. (*Cleofas reacciona como tirado por un resorte y empieza a fumar con desespero.*)

CLEOFAS: (*Como mordiendo las palabras.*) ¿Qué le sucede a Heraclio?

CRISPÍN: Pues nada, que hay que matarlo.

CLEOFAS: ¡Vaya un descubrimiento; "hay que matarlo"! ¿Y quién puede matarlo?

CRISPÍN: Su servidor, Crispín García, por diez mil pesos.

CLEOFAS: (*Se ahoga con el humo del puro.*) ¡Diez mil pesos! ¡diez mil pesos! ¿Sabe lo que son diez mil pesos?

CRISPÍN: Usted dirá si el trabajo no los vale.

CLEOFAS: No, pues de que los vale, los vale y los requetevale.

CRISPÍN: Entonces, ¿por qué se asusta, don Cleofas? ¿Qué dice? ¿Le damos?

CLEOFAS: ¿Usted conoce a Heraclio?

CRISPÍN: El sábado lo voy a hacer mi compadre. *(Pausa.)*

CLEOFAS: Déjame pensarlo, por favor vuelva mañana.

CRISPÍN: Aquí nos vemos mañana.

CLEOFAS: ¡Marcelo!

CRISPÍN: No se lo comente a nadie. Bernal tiene orejas por todas partes y por donde menos lo espere por allí oye el desgraciado; esto desde luego tiene que formar parte del trato. *(Entra Marcelo.)*

CLEOFAS: Entendido.

MARCELO: ¿Qué desea, señor?

CLEOFAS: Un vaso de agua.

## XXV

### CASA DE GOBIERNO EN LA CAPITAL DEL ESTADO

SÓSTENES: Estuve con Bernal. Lo vi dos veces. Le informé que teníamos a su hermano y al curandero ése que les ayudaba. Le presenté nuestros requerimientos y me presentó los suyos. No pudimos negociar a pesar del gran interés que tiene en que dejemos en libertad a estos dos presos que ama entrañablemente. Tiene redactada una especie de constitución, a la cual exige que se le de vigencia en todo el estado, el país, incluso. Quiere además ser director político de la municipalidad de Otáez, quiere que le paguen treinta mil pesos, que suspendan todas las operaciones en su contra, que suelten al curandero y a su hermano.

VEGA: ¡Está loco!

CASTRO: Y bien loco que está el Bernal ése.

ORTEGA: ¿Qué procede, entonces?, ¿qué opinan ustedes?

VEGA: Que por lo pronto fusilen a los presos mañana temprano, no sea que por algún descuido se nos escapen. ¿Dónde los tienen?

ORTEGA: En Cosalá.

VEGA: Pues allá mismo que los ajusticien, nada de traslados. Esto le hará perder fuerza a Bernal, después... ya veremos cómo nos la arreglamos.

ORTEGA: ¿Qué piensan los otros? *(Asienten.)* Hay un telegrama de Cosalá que manda Cleofas, alguien se compromete a entregarle la cabeza de Bernal por diez mil pesos y comenta que es bueno ofrecerlos públicamente.

VEGA: La idea no es tan mala.

CASTRO: ¡Ah! Cleofas nos ha metido ya en tantos enredos con Bernal, hemos perdido hombres y dinero que yo creo que más bien es una fobia personal que se tienen ambos, y en Cleofas es enfermiza por todas las burlas que le ha jugado el bandolero.

PEÑUELAS: Las burlas han sido para todos; para el mismo gobierno. Yo estoy viendo con verdadero pavor muy cercana una guerra civil, por el gran descontento que hay entre la población. Bernal roba a los ricos y reparte el dinero entre los pobres, el pueblo desde luego con esto lo apoya y está de su parte; lo que representa un

desorden jurídico, y pues las situaciones como éstas, fuera del derecho, son con las que nos pueden hundir. ¿Qué piensan?

SÓSTENES: Diez mil pesos por la cabeza de Bernal no es mucho dinero.

ORTEGA: Voy a contestar el telegrama ahora mismo y voy a pedir que se publique en todas partes lo de la recompensa; yo me comprometo a obtener la firma de don Francisco Cañedo.

## XXVI

### ARROYO CERCANO A REAL DE REYES

EL PETIMETRE: (*Muy angustiado.*) ¡Heraclio, Heraclio, Heraclio Bernal!, donde quiera que te encuentres óyeme, Heraclio. Quiero que salgas de tus escondites y vengas a matarme. ¡Ven a matarme ya por lo que más quieras! Yo te acusé por aquellas barras de plata, yo tuve la culpa de que te llevaran preso a Mazatlán, yo fui y me detesto. Ven porque ya no soporto este miedo que me acaba y me hunde; mátame te lo suplico, no quiero seguir viviendo; no puedo seguir esperando cada día, cada noche, cada momento. (*Llora.*) Mátame, por compasión, Heraclio, mátame por piedad, máteme ya por lo que más quieras. Mátame, mátame, mátame.

## XXVII

### VENTANA EN CASA DE NEHEMÍAS ARÁMBURO

JACINTO: Ya andan las alimañas trepándose por los muros y por los tejados; eso es de mal agüero, el agua, desde hace días que sabe amarga y los coyotes empiezan a rondar las casas más de cerca. Malos augurios, muy malos. Por las noches las estrellas se apagan con el viento, se churen muy rápido las flores y los tecolotes están haciendo casa en la torre de la iglesia. Son señales de que se ha perdido la confianza; se está perdiendo el verdadero orden del cosmos y del tiempo.

NEHEMÍAS: Cuando hablas así, Jacinto, me lleno de miedo y de espanto.

JACINTO: Siempre que se traiciona a los salvadores del hombre pasa todo esto. Cuando se vendió al Cristo dicen que se oscureció el firmamento. Son cosas que se sienten Nehemías, como tu música que siempre nos avisa algo; así son los signos del cielo y la naturaleza. Ya ves tú cómo las hormigas se trepan por las paredes antes de los aguaceros aunque ni nubes “haiga”. Quién sabe cómo lo sabrán ellas, pero el caso es que lo saben y lo hacen. Así son todos los signos que a diario se nos muestran, sólo que ya no sabemos leerlos como los antiguos: hemos perdido las claves y hemos olvidado los secretos. Fíjate en ese polvo negro que se mece en el viento y que hace que ardan los ojos; no puede ser una señal buena, el viento comúnmente no trae eso. Los alichanes no han bajado de los picachos, también esperan algo terrible; así me lo estoy temiendo.

NEHEMÍAS: Cuando hablas así, me lleno de espanto y de miedo. Y es que siento un frío como el que trae la hora suprema pero no alcanzo a mirar esas cosas que tú dices ver

en los techos y en el viento. Y no sé si sea porque somos inútiles y viejos. Lo viejo, Jacinto, no sirve hay que tirarlo a la muerte.

JACINTO: Una noche, ya hace muchos años de esto, tuve que quedarme a dormir en el monte. Estaba aquello lleno de árboles jóvenes de un verde espeso, tupido y oloroso; también había un árbol, viejo, seco, sin hojas como si estuviera muerto. Hacía calor, se oía el zumbir apacible del arroyo y de vez en cuando algún pájaro trasnochador, que no era otro que el piscuy, que pasaba cantando alegre. De pronto, y me quedé muy asombrado con eso, se desprendió del cielo una estrella y vino a posarse en una de las ramas del árbol seco. Yo me quedé mirándola, encantado; era chiquita como una clavellina blanca, luminosa, reluciente. Estaba yo agradeciendo a la naturaleza que me hubiera permitido ver aquel prodigio cuando de pronto se desprendió otra, y una más y otra y otra, y cientos de ellas y todas y todas vinieron a acomodarse en las ramas secas de aquel árbol viejo. No puedes imaginarte, Nehemías Arámuro, el placer maravilloso de estar cobijado por el árbol de las estrellas. Esa noche no dormí embelesado con el suceso; porque recuerdo los primeros rayos del alba que sonrosaban el cielo y que terminaban con mi encantamiento. Ese árbol, el más seco y feo de la sierra, el más viejo, había sido elegido esa noche por todas las estrellas del firmamento.

NEHEMIÁS: ¡Ay! Jacinto, hablas y hay tanta miel en tus palabras que prefiero oírte que escuchar mis óperas y mis conciertos.

JACINTO: Nada de eso; pon la música porque ya se está metiendo el sol y a lo mejor la gente de Heraclio quiere bajar al pueblo.

## XXVIII

### UN LUGAR EN LA PARTE MÁS ALTA DE LA SIERRA

LORENZO: Aquí me tienes, Heraclio. Vengo como ave de mal agüero a traerte malas noticias, y tendrías que matarme por ser yo quien venga a decirte esto. Fusilaron a tu hermano y al narizón de Paco Sepúlveda, que se hizo llamar toda la vida Ursébiri Quiábiri, el Secúbiri. Ahora ellos descansan en paz; así se dice para que no suene tan horrible decir que están muertos y bien muertos y que se han ido con todo, con ilusiones y penas al reverendo carajo. (*Heraclio suelta el llanto.*) Lloro, llora que eso de llorar no es sólo de las mujeres; también lo es de los hombres, de los hombres machos y bien machos y bragados como lo eres tú, como fueron ellos, como seguramente lo es Dios.

HERACLIO: Me estoy quedando solo, Lorenzo. Julio, dame un poco de agua.

LORENZO: Te va a hacer daño el agua, mejor tómate un trago de esto. (*Le ofrece una botella de aguardiente.*)

HERACLIO: Deja que me quede con ella, me va a hacer falta. Dicen que sirve para mitigar las penas, Lorenzo, pero yo sé que nada puede ya consolar a este hombre que ahora es el más triste y el más desgraciado. (*Pausa.*) ¿Qué voy a hacer ahora, qué voy a hacer?

LORENZO: Yo no quisiera aconsejarte porque, de acuerdo con lo que pienso, creo que se podría prestar a imaginar que vengo mandado por el gobierno. Haz lo que te parezca bien, lo que siempre has hecho; impón tu voluntad, tu absoluta y real voluntad y gana.

HERACLIO: Lo dices como si no estuvieras de acuerdo con lo que hago.

LORENZO: Sí y no; tú lo sabes. ¡Me carga la chingada Heraclio, que no se haya podido salvar la vida de tu hermano y de Paco!

HERACLIO: Así fue, no se pudo, se planeó un asalto a la cárcel...

LORENZO: Eso era imposible; estaba muy bien vigilada, muy bien, te esperaban y yo te lo mandé decir que ni lo intentarás.

HERACLIO: ¿Entonces qué tenía que hacer?

LORENZO: El indulto, Heraclio, aceptar el indulto.

HERACLIO: ¿Eso piensas?

LORENZO: Mira, Heraclio, vamos a dejar las cosas pasadas, lo que fue ya fue, no hay remedio, pero ahora me preocupa tu situación, de veras créemelo, lo he pensado mucho y creo que debes aceptar el indulto que te ofrece el gobierno. Son muchos años en la sierra, muchos años penando, sufriendo hambres y miserias. La gente del gobierno está muy asustada, no eres el único inconforme que les está causando problemas; tienen miedo de no poder sostenerse más tiempo en el poder y van a hacer lo que sea con tal de quedarse y tú, Heraclio, representas un gran obstáculo.

HERACLIO: Son muchos años invertidos en esta especie de guerra, y si acepto sus miserias y me someto al gobierno, estos años invertidos se convertirían en años desperdiciados. *(Pausa.)* ¿Qué voy a hacer yo con toda esta gente que me sigue y que ha estado conmigo durante todos estos años? Van a pensar que los engañé y eso no puedo hacerlo; de veras no puedo. Aquí hay una cosa, Lorenzo, no estoy para nada de acuerdo con la política, la corrupción, ni la idea de justicia que tienen los que gobiernan. ¿Cómo piensas entonces, que puedo someterme a algo con lo que estoy en absoluto desacuerdo? Cuando haya un verdadero cambio y justicia social hablaremos.

LORENZO: Te van a matar.

HERACLIO: Que me maten, pero voy a morir luchando por lo que creo.

LORENZO: *(Se encamina para irse y luego regresa.)* Anda por allí un tipo de nombre Crispín García que quiere subir a la sierra a verte. No te fíes de él; no lo veas.

HERACLIO: ¿Por qué?

LORENZO: No lo sé, no le conozco más que la facha y no me gusta nada; no me da buena espina, tiene algo en la mirada que lo pinta como un vende patrias.

HERACLIO: ¿Qué te pasa, Lorenzo? ¿Qué les pasa a todos que andan como espantados? Vienes como ave de mal agüero a traerme las más malas noticias que me han dado en la vida y pretendes hablarme mal de mi compadre quien me ha ayudado tantas veces y me ha probado su lealtad.

LORENZO: ¡Ah!, ya lo conociste.

HERACLIO: Ayer le bauticé un hijo que lleva mi nombre: Heraclio.

LORENZO: De verdad, discúlpame, perdóname por todo este mal rato. *(Pausa.)* Pensé mucho en venir a verte, no ha sido fácil... Después de todo ya ves, las cosas no son como uno quiere... Veo que traes la pistola de Cleofas.

HERACLIO: Mi compadre me consiguió finalmente las balas.

LORENZO: Se te advirtió que no la usaras.

HERACLIO: Yo las advertencias como ésas me las paso por debajo de los genitales.  
(Pausa.)

LORENZO: Este tiempo parece mal encartado, los días están engañosos y se habla de malos presagios. (Pausa.) Tú sabrás cuidarte. Ahora tu cabeza tiene un precio y lo sabes porque lo han publicado.

HERACLIO: ¡Diez mil pesos! Nadie me conoce, solamente en el baile de Conitaca me di a ver pero disfrazado. Un gran consejo que me dio mi general Ramírez Terrón fue que nunca dejara que me retrataran. Te aseguro que mañana bajo a la plaza de Cosalá y me paseo y nadie va a saber que soy Heraclio.

LORENZO: Lo sabe Cleofas Salmón y ahora Crispín García, tu compadre. (Pausa.) ¡Caray!

HERACLIO: (Luego de una pausa.) Adiós, Lorenzo, siempre te he apreciado como un gran amigo y te quiero; ahora me gustaría quedarme solo con esta botella y con mis pensamientos y recuerdos que son tantos.

LORENZO: Adiós Heraclio, ya sabes dónde encontrarme.

HERACLIO: Sí sé.

LORENZO: Adiós, Heraclio Bernal; adiós a Heraclio.

## XXIX

### PLAZA PÚBLICA EN COSALÁ

CLEOFAS: (Les habla a los paseantes.) Ya saben que se ofrecieron diez mil pesos de recompensa por la cabeza de Bernal, ¡no sé qué esperan para ir a traerla! ¿Saben lo que son diez mil pesos? Ustedes ganan noventa o cien pesos al año; diez mil pesos es toda una vida de trabajo en la mina. ¿Qué esperan estúpidos? ¡Todo el pueblo tiene que volcarse sobre el malhechor ese!

EUGENIO: Con todo el respeto que se merece señor Cleofas quiero decirle que hay cosas tan valiosas que no tienen precio.

CLEOFAS: ¿Cómo la cabeza de Heraclio?

EUGENIO: (Niega con la cabeza.) Como la dignidad del hombre.

CLEOFAS: ¿No me vas a decir que todos estos mineros muertos de hambre tienen dignidad?

EUGENIO: Si no la tuvieran ya andarían tras esos malditos diez mil pesos. Y si hay alguien que llegue a cobrarlos ya desde este momento lo maldigo con todas las fuerzas de mi alma.

CLEOFAS: Pues ya subieron varios a la sierra.

EUGENIO: Los hay; por supuesto que hay esa clase de gente para quienes todo tiene un precio y venden la dignidad y a los hermanos y se venden ellos. Esa es la ralea de los que llegan a presidentes, a gobernadores y a prefectos.

CLEOFAS: Te estás atreviendo mucho, Eugenio; te estás sobrepasando, te lo advierto.

EUGENIO: Esta es, creo, la única respuesta para esa clase de ofertas.

CLEOFAS: Allí están los otros que no han hablado, allí siguen ellos paseándose por la plaza. *(A ellos.)* ¡Ey!, ustedes, todos ustedes óiganme; se ofrecen diez mil pesos por la cabeza de Heraclio. Son diez mil pesos, ¿no lo han entendido? ¿No han escuchado bien mis palabras? *(Desde luego se ha vuelto notable un desquiciamiento en el carácter de Cleofas. Los hombres se le van acercando muy lentamente y lo van encerrando; todos con una mirada agresiva, de lumbre y fierro como si quisieran matarlo.)* ¡Óiganme bien, no me han entendido, carajo! No me entienden, quítense, quítense, déjenme. ¡Déjenme! *(Cuando todos se retiran de allí, queda el cadáver de Cleofas en el suelo.)*

XXX

### IGLESIA EN REAL DE REYES

FAUSTINO: Padre, tengo que hablarle.

CURA: Qué gusto verte por aquí, por la iglesia, Faustino. ¿Qué se te ofrece?

FAUSTINO: Quiero hablarle a solas, padre.

CURA: Estamos solos.

FAUSTINO: Pero no quiero que nos oiga nadie, ¿me entiende?

CURA: No creo que vengas a confesarte, y aquí, te repito, nadie nos oye.

FAUSTINO: Quiero hablarle de una mujer.

CURA: Bueno, háblame. Tú siempre hablas de mujeres; no tienes otra ocupación, ni otro cuidado.

FAUSTINO: Ésta, padre, es diferente; me tiene loco y no me hace caso. La veo pasar, me sonrío, me saluda y se va de paso. Para mí nunca ha habido nada más fácil que las mujeres; las conozco un día y a la siguiente semana ya las estoy montando.

CURA: ¡Faustino!

FAUSTINO: Así es padre. Pocas, muy pocas de este pueblo y de todas las rancherías cercanas no me han negado sus favores por la buena, por la mala o porque soy un Iriarte.

CURA: Ya conozco tus andanzas.

FAUSTINO: Lo que quizá no sepa, padre, es lo que significa tener a una mujer en los brazos, metidos los dos entre las ramas, en el campo, con la falda levantada tocándole la suavidad de los muslos que son como los pétalos de la flor de los duraznos; luego ese olor a virgen que se desprende de los pechos. Usted no lo sabe, padre, usted no lo sabe. No sabe lo que es que ella abra las piernas, cierre los ojos y se prepare a recibirme todo entero entre gritos y más gritos que se escapan.

CURA: *(Con la respiración más agitada.)* Oye, hijo, perdóname, pero no tengo por qué estar escuchando todo esto, ¿no ves que es pecado?

FAUSTINO: Eso es lo que me niego a aceptar que sea pecado una cosa tan natural y tan sana; todos los seres vivos lo hacen, todos se aman.

CURA: Bueno, hijo, yo ya conozco tus fechorías, todas esas mujeres me lo han contado. ¿Quieres que te apruebe y bendiga todas esas relaciones?

FAUSTINO: Yo no quiero a esas mujeres, padre, sólo quiero una que me tiene loco y enfermo. Está casada, se llama Aurora Echeguren Peiro.

CURA: La conozco. Conozco a Aurorina, la conozco.

FAUSTINO: Así es, casi todas las tardes viene al templo. Yo la espío, la veo pasar con ese menear de caderas y tiemblo. Y siempre que pasa se me queda viendo. Hace unos días cruzó cerca de mí y me saludó: “Buenos días, Faustino”, me dijo. “Buenos Aurorina”, le contesté y siguió su camino. Más adelante se detuvo y volteó a verme y yo cometí, padre, la vulgaridad, como estaba excitado, de llevarme la mano hasta la bragueta y tocarme, con cierta delicia de labios el sexo. Ella se sonrojó y se quitó de allí inmediatamente. ¡Ay! cómo me maldije todo ese día y toda la noche siguiente. No quería salir para no verla. Duré encerrado dos días, dos días sin asomarme ni a la ventana de mi cuarto. “¿Estás enfermo?”, me preguntaban. “No, para nada, estoy cansado”, contestaba, pero me estaba muriendo de vergüenza, de rabia, de tanto reprocharme.

CURA: Eso está bien, que aceptes que has pecado y te arrepientas.

FAUSTINO: Es que no lo veo yo en términos de pecado sino de indecencia de mi parte.

CURA: Bueno, ¿y luego?

FAUSTINO: Ayer por la tarde los tíos de Aurorina fueron de visita a mi casa y me topé con ella y aunque yo no levantaba los ojos para verla me saludó con cortesía, extremada cortesía. Digo extremada porque cuando uno tiene interés en una mujer, cualquier leve mirada nos parece extrema. Hablamos de cosas del campo, de los venados, del tiempo. Me tiene loco y cada vez me enloquece más. Sé que está casada y que es muy fiel y que adora a Sebastián... pero nunca se sabe con las mujeres. He venido a hablar con usted porque quiero que me diga cuáles son los pecados que confiesa.

CURA: ¡Qué! ¡Estás loco! ¿Te das cuenta de lo que me estás pidiendo?

FAUSTINO: Perfectamente. Y traigo mucho dinero para ofrecerlo. Mucho más del que pueda imaginarse sólo porque me diga cuáles son los pecados que confiesa Aurora Echeguren Peiro; sólo por saber si ha tenido un mal pensamiento; por saber si yo he aparecido en alguno de sus sueños.

CURA: Vete, Faustino, déjame.

FAUSTINO: Olvídense por un momento de que es cura y en este instante somos dos amigos que hablan de sus intimidades; le he contado las mías y luego usted me cuenta las suyas.

CURA: Las mías te las puedo contar, no las de otra gente.

FAUSTINO: En esta bolsa hay dinero como para hacer un viaje a Roma y vivir allá un año.

CURA: Es que tienes que entender, Faustino, los pecados de esa mujer... en realidad ni son pecados; son detallitos, disgustos con el marido, con el padre. Por lo que logro entender en pláticas aparte, ella y su marido no se hallan muy bien en la intimidad.

FAUSTINO: *(Muy interesado.)* ¿Qué más?

CURA: Lo que ella muestra en la calle es su insatisfacción y creo que por eso mira con cierto deseo a los hombres, pero contigo tiene razones para verte de una manera diferente; y no eres el único del pueblo que se ha enamorado de ella.

FAUSTINO: Siga, siga, adelante. ¿De algún mal pensamiento no le ha hablado?

CURA: ¡Dios la guarde! Aurorina es una mujer sensata y buena cristiana. Me ha confesado, es cierto, que a veces se le presenta un mal pensamiento y que lo rechaza y que invoca tres veces a la santísima virgen, que es lo que le he enseñado que debe hacerse, y se pone a hacer algo inmediatamente. Y nunca me ha especificado qué pensamientos sean esos.

FAUSTINO: ¿Y en los sueños, padre?, ¿le habla de sus sueños?

CURA: Una vez me contó algo como un sueño en el que un muchacho moreno claro, de ojos verdes solía bañarse desnudo por allá por las pozas para que el Petimetre lo viera. (*Faustino se sorprende mucho.*) El Petimetre, el cajero de la tienda de raya, que trabajaba con tu padre y que anduvo como loco varios días gritando y que finalmente hallaron muerto por allá por la huerta de manzanos.

FAUSTINO: Ese sueño no me interesa nada y no me está gustando.

CURA: Ese no fue sueño. Ella te vio y vio cómo el Petimetre bajaba de su escondite y te enjabonaba el pecho y la espalda y los tobillos. Ella se encantó con la imagen, no vio malicia, ni morbo; pero no ha podido desprenderse de ese ensueño que le atrae tanto, y se regodea con él y se lleva repasando los detalles de esa imagen; por eso siempre te observa con cuidado y detenimiento y allí en esa obsesión está su pecado. Olvídate de ella, Faustino, olvídate de ella y llévate ese dinero, no tengo ningún deseo de ir a Italia.

### XXXI

#### EN CUALQUIER SITIO

JACINTO: El viejo Nehemías Arámburo ponía siempre su música de alichanes al caer la tarde cuando no había guarnición de soldados para que pudiera bajar la gente de Heraclio por provisiones; era la señal acordada. Bernal se había enamorado de esta muchacha Bernardina y se la llevó a la sierra con él. ¡Ese fue uno de los grandes! Ahora Bernal está muerto; acaban de traer su cadáver, lo mató Crispín García por diez mil pesos que le pagaron. Por allí a la vuelta lo están velando nomás un rato, porque se lo van a llevar para que lo vean por todas partes. Las mujeres lo están llorando, y también los hombres lo lloramos. Ahora ya no tiene sentido la vida en estos pueblos. Ya no hay nada qué esperar, nada. Seguirán las injusticias. Ya están los caminos solos, no tendrán nada qué temer; pueden repartirse la patria hijos de su perra madre.

### T E L Ó N

Culiacán Sinaloa, Marzo de 1987

